

LA ESPUELA

De que nos cerraron el bar, el Tejo, qu'es burro, dijo: "Naide se me vaya a casa sin la espuela." Ya se sabe que la espuela es esa última copa que te tomas como despedida de una juerga. En un principio, como si dijéramos, éramos tres: Jesús, la Virgen y San José, oséase Santi el Tejo, Manolo el Miura, que le decían, no que fuera torero, sino por la cornamenta que le había puesto su señora consorte, y servidor, Arturo, Rey Arturo para los amigos. Pero ya digo, la taberna estaba cerrada y las únicas luces del pueblo las de las 'luciérganas', que así llaman en mi tierra a los gusanos de luz.

-- Vamos a Carranza -- dijo el Tejo, marcándose una ese de "alcólico" anónimo.

-- ¡Quiá! -- replicó el Miura, quitándose la gorra para arrascarse la pelambreira--. Son dos leguas entre ida y vuelta. Amás, igual el tío Paco ha cerrado la tasca, que ése para trabajar es más vago que la chaqueta d'un guardia. ¿Sabéis lo qué? ¡Vamos a la parroquia del señor cura, a bebernos el vino dulce que guarda en un copón que yo me sé!

-- ¿A casa d'ése? ¡Ni por pienso! -- mete baza menda --.
¡Menudo es don Remigio si le tocas el vino! ¡Al señor cura no le vengas con hostias, no señor, que no es de los que te excomulgan, es de los que te escalabran en un decir ora pro nobis!

En éstas, echamos a andar y del pueblo salimos al campo, alumbrados por la luna lunera. De golpe y porrazo, Manolo rompió a cantar con tan mala pata que le fallaba la voz y nos dimos un hartón de reír y él de llamarnos gilipuetas, que de qué reíamos. Habíamos pasado la tarde empinando el codo y quién más quién

menos, todos íbamos dando bandazos, pisando los sembraos, enredándonos con tanto cardo borriquero, agarrándonos a las higueras que nos salían al paso. Daba penita vernos en aquel estado, pero íbamos encendidos por el vino peleón que nos habíamos metido entre pecho y espalda. En la ciudad hubiéramos acabado por encontrar algo abierto, pero aquí en el campo, donde sólo hay bichos y zarzamoras, ya me dirán ustedes. Y amás amás, con el relente aquel ni los grillos se atrevían a salir de casa.

-- Vamos a casa, joder -- dijo el Miura al rato de patearnos los sembraos del Perico --. Que nos vamos a pelar de frío. ¡Me pasa por alternar con vosotros, coñio divino!

-- ¿Sabes qué, Miura? ¡Vete a cagar a la vía y te los pones en remojo! -- le dije.

-- ¡Mira, un 'murciégalo'! -- exclamó de pronto El Tejo, tambaleándose.

-- ¡Fíjate cómo vuela, la de vueltas que da en balde! ¡Para mí que ese 'murciégalo' está bebido, tú! ¡Ése viene de ponerse ciego de la tasca del tío Paco!

Al rato, Manolete el Miura se dejó caer al suelo, resoplando lo mismo que el belloto del Cripriano cuando se sube en lo alto de su media naranja.

-- ¿Qué te pasa, Miura?

-- Que no sigo, que yo como el 'murciégalo' ése, que no doy más vueltas, ea, joderse y pan de Vallecas. Me quedo aquí mismo pa siempre jamás.

-- ¡Hostias, tú, así no hay manera! -- gruñó el Tejo, que se me mosqueaba por nada --. ¡Hostías, tú! ¿Y la espuela?

-- A la espuela que le den mucho por culo -- dijo el Miura, muy puesto en lo suyo.

Haciendo esos, dando tumbos y traspiés, el Tejo, qu'es cabezón y cascarrabias, se llegó a un tocón, donde apalancó las magras posaderas y se pasó la mano por los ojos llenos de "lagañas".

-- ¡Joder, Miura, cómo eres! ¿Te vas a rajar ahora que estamos a medio camino? ¿Te pesa la cornamenta o qué?

Al Manolo no había que nombrarle aquello, que se ponía hecho una fiera. Y así tal como lo cuento. Se levantó d'un salto y se fue para el Tejo, batiendo el aire con los brazos a la manera de las aspas de un molino. Pero con tan mala leche y tanto vino que tropezó y cayó de bruces, mordiendo el polvo de la vereda y partiéndose el labio.

-- ¡Chulo, qu'eres un chulo! -- se quedó allí tirado, limpiándose la sangre con la gorra, gritándole al Tejo, que se desternillaba de la risa, de la alegría le sonaban las costillas al muy jodío.

Servidor también se rio, faltaría más, a poco me da un patatús de la risa que me entró, eché la cabeza p'atrás y me aguanté la barriga. Las estrellas, allá en lo alto del cielo, heladitas de frío, sin nada que ponerse, pobrecitas mías. El 'murciégalo' dándome vueltas que era un mareo. Hice por levantar al Miura, pero qué va, ni por éstas, que no se levantaba. Unas voces que me pegaba que se oían desde Guadalajara en un llano.

-- ¡Chulo, qu'eres un chulo de Fuenterrabía, la tuya más chica que la mía! -- gritaba el Miura a ras del suelo, como hablando para los topes.

-- Vente, Manolo, no seas aguafiestas -- le dije.

-- ¡Que no voy, san joderse tocan y que te la menee un califa!

Al final tuvimos que irnos y nos fuimos, joder si nos fuimos, el Tejo y yo, cogidos del brazo, como para mejor andar. Luego oímos cantar al Miura. Me volví, mareadito perdido, y le vi de pie, apoyado

en una encina, toda la luna en la cara. Se había bajado los pantalones y empuñaba el as de bastos, orinándose en cuanto hierbajo se le ponía a tiro.

-- ¡Me meo en ti, Tejo, qu'eres un chulo! -- se puso a vociferar.

-- ¿Y yo qué? -- le grité --. ¿También te meas en mí?

-- ¡No, pero a ti te salpico, cacho maricón, que me habéis dejado tirado, qu'eso no se hace con un amigo de toda la vida!

-- ¿Te vienes o qué? -- gritó el Tejo --. ¿Te vienes o qué, astado de toda la vida?

-- ¡Me cago en la madre que te trujo, "Trejo", qu'eres un chulo de mucho cuidao! ¡Hip! ¡Vete a tu pueblo a que te la machaque un guarda jurado que eres un rato perro!

-- ¡Anda y que te den por el ojo del ano, que es el culo en castellano! -- replicó el Tejo, que le dio por reír su propia gracia, sería tanto vino, digo yo, que le sonaron hasta los 'cartígalos' de las tripas. Al poco rato ya no oímos los mugidos del Miura. Igual se había dormido o se había muerto o las dos cosas, yo no sé.

El relente, que es cosa mala, nos espabiló un poco. Por un atajo llegamos a Carranza, que estaba más apagado que una 'luciérgana' fundida. Ni un triste farol. Ni una choza donde cobijarse. Los chiringuitos cerrados a cal y canto. Ni tasca del tío Paco ni pollas en vinagre. Relente sí, todo el que quieras y más. ¡Un frío!

-- ¡Ay, Tejo, que d'esta la palmamos! ¡Vamos p'atrás, donde sea, tú, pero un techo para un cristiano, es todo lo que pido!

-- ¡Ya sé! -- me dijo el Tejo --. ¡Vamos donde el Moro! ¡Vamos a la finca del Moro que está aquí mismamente, en saliendo del pueblo!

-- ¿Qué se nos ha perdido donde el Moro?

-- Verás, allí hay como si dijéramos un cobertizo que le hace las veces de bodega. La tapia nos la saltamos a la torera, la puerta del cobertizo está medio podrida, una buena coz y nos ponemos moraos de tanto clarete.

-- ¿Y si viene el Moro con el trabuco?

-- Oye, Rey Arturo, no me toques los atributos, qu'el Moro está fuera, que me han dado recado.

La finca del Moro era nada, un caserío o un caserón que estaba para el arrastre, rodeado de un muro de piedras mal ajuntadas, que escalamos con algún que otro resbalón. No había mojamias en la costa. Los grillos no más dando la tabarra y un 'murciégalo' de aquellos haciendo de drácula. La casa principal estaba a oscuras y otro tanto digo del cobertizo. Sólo de verlo, el Tejo chasqueó la lengua de gusto.

-- ¡Huy, lo que yo daría ahora en este momento por un Valdepeñas añejo!

-- ¡Ni que sea vino de garnacha! -- dije yo --. ¡A estas alturas, lo mismo me da que me da lo mismo un amontillado que el cariñena de la casa!

Sí que estaba podrida la puerta del cobertizo. A la primera embestida se vino abajo. ¡Un ruido! Nos metimos pa dentro en un abrir y cerrar de puerta. El Tejo encendió un fósforo. ¿Vino? ¡Ja! ¡Vino y se fue! ¡Una triste garrafa sin tapón y medio vacía, de la que salía un tufo que tiraba de espaldas! El Tejo, qu'es vicioso d'esto como de lo otro, se la apalancó en los morros. Luego probé yo. ¡Sabía a rayos! Sería aguachirle o vino agrio, puro vinagre o aceite rancio. ¡Qué asco, tú! ¡Escupe, Guadalupe! Pero el mamón del Tejo pasando de todo, Valdepeñas o aguarrás, qué más das, se la traía floja, el tío bebe que te bebe, hasta un culín que quedaba.

Total, ¿para qué? Al final meándolo corriendo allí mismamente sobre como si dijéramos un arado medio oxidao. Al salir vimos una luz en la casa principal. ¡Qué susto! Pero el Tejo, que está en todo, me dio un codazo en las intercostales que dicen los ateeses.

-- ¡La noche es joven, maricón!

-- ¿Lo qué?

-- Que he visto detrás de la ventana a la Mariana.

La Mariana, para que lo sepan, es la hija del Moro, que está de buena como el bizcocho para mojar y chuparse los dedos.

-- Tengamos la fiesta en paz, Tejo, qu'eres un cacho perro.

¡Vámonos, que aluego te vas a arrepentir!

Pero el Tejo qu'es cabezón y amás iba quemao, se fue para la puerta de la casa igual que un morlaco tras el capote rojo. ¡Un escándalo que me armó! Pero, claro, como se sabía solo, que el Moro andaba fuera, pues eso, se aprovechó, que la ocasión la pintan calva cual cojón de mico afeitado. ¡Eso sí, el chasco que se llevó na más entrar! ¡La Mariana, que estaba jamón la moza, ja ja! ¡Qué iba a ser la Mariana! ¡Era, cágate ya, la abuela de la moza, que me rondaba los setenta y pico más los que anduvo a gatas! ¡Buscando a la moza yeye se encontró con la abuela yaya! ¡Iba por el chochete y se topó con el chochón! ¡Marramiao, cágate de medio lao! Pero el capullo del Tejo no le hizo ascos. Le pasó lo que con el morapio, que fue a por Clarete y acabó tragando meado de burra, ¡toma cambiazo! No me tenía paladar el Tejo. Allí mismito, en el zaguán, se tiró sobre la vieja como un tigre de Bengala y se empeñó en subirle las sayas para cepillársela acto seguido. ¡La pobre mujer daba unas voces! ¡Como si la estuvieran violando, así mismamente! Yo ya le dije al Tejo:

-- ¡Tejo, joder cómo eres! ¡Te vas a buscar un disgusto, total por arrimarte a un chumino helado!

El Tejo, sordo perdido, hay que ver lo que hace el bebercio, y lo de la carne es débil y esas cosas, hay que tener estómago, eso sí, pero a aquellas alturas al Tejo ya le daba todo igual, la Mariana o una escoba con faldas, una prójima o un trozo de carne con un agujero en canal, pues sí señor, allí estaba el Tejo, empuñando a la vieja por el moño blanco y sofaldándomela que era cosa de verlo. Él se las subía y ella se las bajaba. Así una y otra vez, de chiste parecía.

-- ¡Rey Arturo, cacho maricón! ¡Ayúdame a quitarle el refajo!

-- ¡Deja a la viejales, mochales, que te buscas la ruina! ¡Déjala, joder el hombre éste! ¿No ves qu'está pal arrastre y sopitas de migas? ¡Déjala, jodío, que te va a dar un calambre en todos los huevos, que te va a quedar la picha fría!

Pero el Tejo erre que erre, sin apearse del burro, digo de la vieja, poseso qu'estaba, medio me desnudó a la agüela, había que verlo, el refajo hecho jirones, las enaguas arrancadas a lo bestia, la pobre mujer unos gritos que me daba, la piel blanca como el yeso desprendía una luz, igual que si fuera de día, tú. Yo tirando del Tejo y el Tejo tirando de la vieja pelleja. Cuando me harté de tanto berrido, me fui para afuera y allí me estuve, mirando a la luna cascabelera hasta que los gritos de la vejestorio no se oyeron más. Salió el Tejo por fin hecho un cristo de los de antes de la guerra, que no había por donde agarrarlo, subiéndose el pantalón a toda prisa y enseñando las vergüenzas aun en pie de guerra. Mismamente el Barrabás pillado en bragas, cuando lo de la Pascua. No dijo nada. Hasta la muy llevaba cansada. Se agarró a mi brazo, que no se tenía en pie y nos fuimos juntos. Nos amaneció

en la ribera. Junto a las peñas, al Tejo le entró un calofrío, me tiritaba y todo. Con el sol se fue calmando. Se me dormía con la boca entreabierta, cayéndole un hilillo de baba por entre dos dientes mal avenidos. Al poco yo también me quedé traspuesto. Cuando abrí los ojos, ya era de día. El Tejo seguía temblando y se me agarraba con fuerza, a ver si así se le iba el frío. Le oí decir, con un hilo de voz:

-- No sé lo digas a naide, Rey Arturo.

-- ¿Lo qué?

-- Me parece que me la he cargado.

Le miré. Le caían lagrimones así de gordos, palabra. Nada, que la había pillado llorona. Se me subió como si dijéramos un nudo a la garganta. Se me había pasado ya la trompa y ahora todo me daba una pena penita pena. Nos quedamos allí sentados sobre el peñasco, a la vera del río, medio adormilados por el sol y el gluglú del agua. Allí mismamente, abrazados el uno al otro, nos prendieron los civiles.

-- ¡En pie, mariconas! -- bramó el sargento.

Cerré los ojos con fuerza, rezando por lo bajines: Dios te salve, María, llena eres de gracia, y bendito es el fruto de tu vientre Jesús, que lo de anoche haya sido un sueño, anda, hazme ese favor, virgencita mía del alma, de rodillas te lo pido. No volveremos a las andadas. Te lo juro por la santa madre que me dio la vida y me trujo al mundo. Pero al abrir los ojos allí estaba la pareja de la benemérita, y el sargento bigotudo con una mala leche que me gastaba... ¿Un sueño lo de anoche? ¡Miau! ¡Qué sueño ni qué niño muerto! Era la vida, no te jode...

